

UNA ESTATUA EN EL PIRINEO

Por EDUARDO MAULEÓN

Uno de los hechos más destacados con que cuenta el historial del montañismo navarro es sin duda aquel en que queriendo los montañeros adherirse al homenaje que a San Francisco Javier se le iba a tributar con motivo de conmemorarse el IV Centenario de su muerte, hicieron el propósito de colocar una imagen del Santo en la cumbre más elevada del país. Era este el mejor homenaje que los montañeros podían rendir a aquel misionero incansable.

No vamos a traer aquí ahora los sinsabores y penalidades que en aquellas fechas hubo de soportar aquel reducido y animoso grupo del C. D. Navarra hasta ver asentada la efigie del Apóstol a 2.434 m. de altitud, porque de todo aquello hablamos en su día.

PERO NO PUDO RESISTIR

La estatua, aquella estatua hecha en piedra y cerca de dos metros y medio de altura que con tanto mimo y tanta ilusión fuera puesta, se precipitó montaña abajo un día o una noche cualquiera de invierno. Las ventiscas que tan despiadadamente azotan aquellas cumbres pirenaicas pudieron más que el ímpetu y la buena voluntad de los montañeros.

¡Tantos sudores y tantos esfuerzos y dinero como había costado aquello...!

DE NUEVO ALLÍ

Para nada servía aquella estatua que yacía en un fondo de rocas y neveros. Era imposible volverla a subir y más irrealizable aún colocarla de nuevo en su pedestal. Tan solo la cabeza del Santo se recuperó.

La fe, el cariño, la ilusión con que desde un principio se había depositado en aquel maravilloso proyecto, continuaba latente en el espíritu de los montañeros pamploneses. Había que volver de nuevo al Pirineo para dejar otra vez constancia del homenaje debido a Xavier.

Y se volvió nuevamente. Pero esta vez la estatua que se coloca es muy distinta de

la anterior. No es de piedra ni tiene las dimensiones de la que rodó por la vertiente francesa. Esta tiene 60 cm. y se halla fundida en bronce. Repetir lo de antes sería inútil.

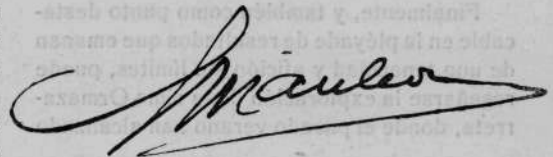
Como puede suponerse, no hay necesidad de trabajar con la misma intensidad de aquel entonces. Ahora el mayor obstáculo lo proporciona la cerrada y desagradable niebla que no se aparta de la cumbre en los tres días que duran los trabajos.

Lo primero que se hace en la cumbre es picar una roca hasta dejarla plana. Sobre ella y a golpe de puntero, se hacen cuatro agujeros que llevan doce horas de incesante golpear. Hay que darse prisa porque los truenos son aquí constantes y desequilibran los nervios más templados.

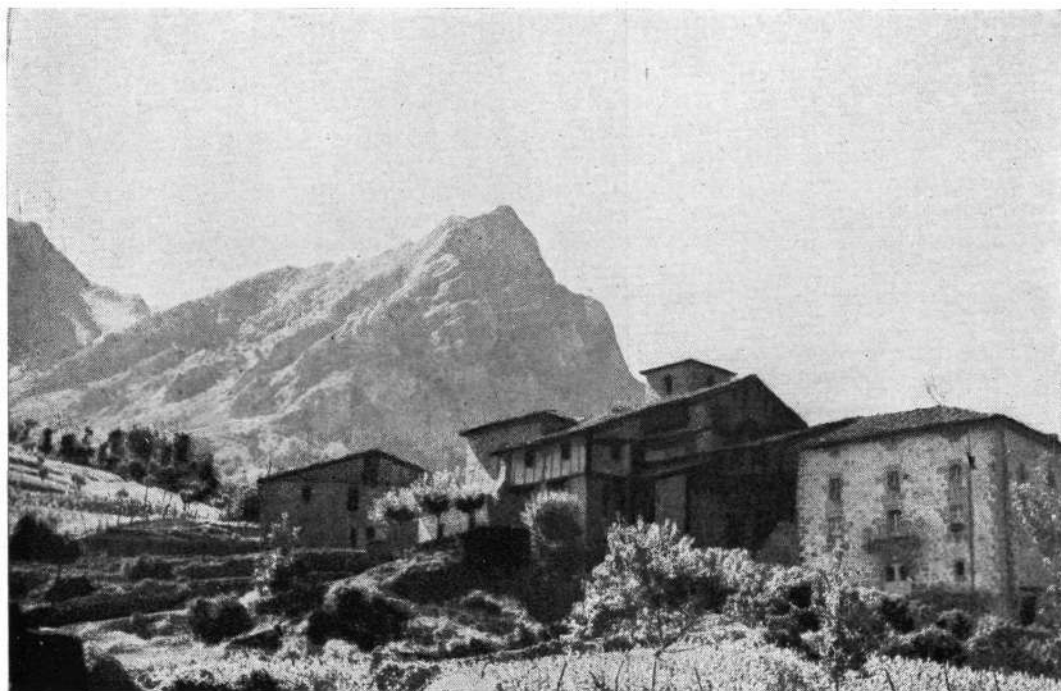
Por esos agujeros, en los que se introduce cemento, se empotran cuatro «espárragos» de hierro que en forma de zarpa van adosados a la peana y sujetos los extremos a esta por gruesas tuercas. Cuatro agujeros más, aunque no tan grandes, se hacen en una roca vertical situada debajo de la estatua y en ella se pone una placa de mármol con la dedicatoria del C. D. Navarra a San Francisco Javier.

RETORNO

Ignoramos a estas fechas si la estatua habrá resistido los embates del invierno pirenaico. De todas formas allí quedó la efigie del misionero, del mejor andarín de todos los tiempos, puesta en el mejor pedestal que se le pudo hallar. Los montañeros navarros unen a su deseo de que perdure allí, el de que sea luz, guía y protección de cuantos montañeros y pastores recorren estas montañas del Pirineo.

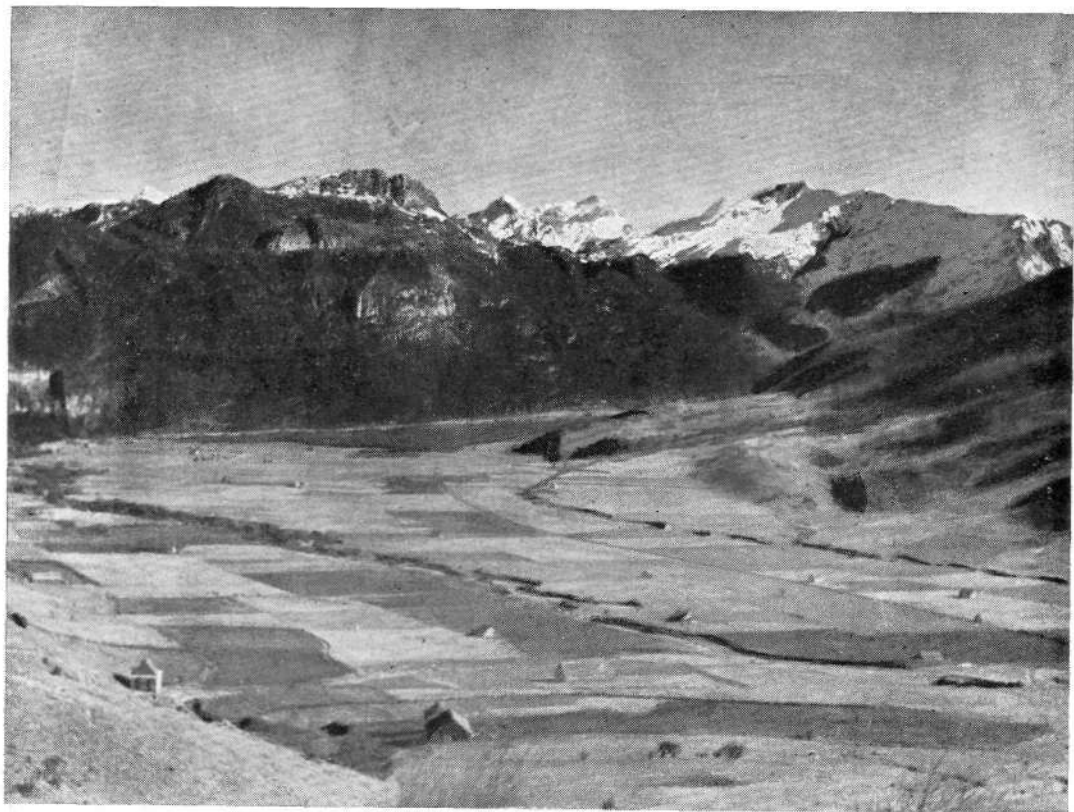


Este caos de roca suelta es la cumbre de la Mesa de los Tres Reyes. En ella se puso esta estatua que no pudo soportar los rigores del invierno.



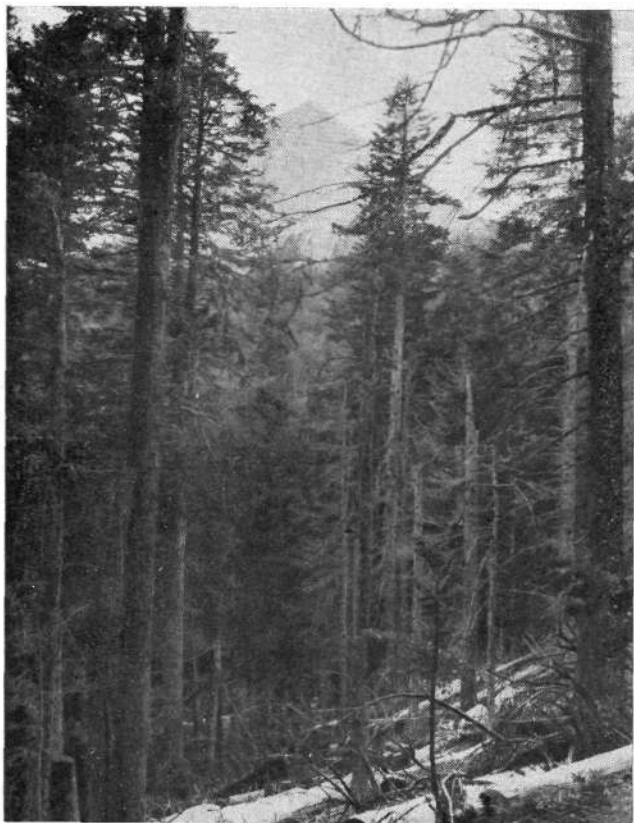
Uztegui y el Balerdi.

Foto F. Ripa



El Valle de Belagua, visto hacia Oriente.

*Chamanchoya,
desde Artaparreta,
Roncal (Navarra).*



Fotos F. Ripa